

QUERIDA MONOTONÍA

MIGUEL ANGEL POLLINO SÁNCHEZ

Inst. Gabriel Ferrater i Soler Reus

Anocheía lentamente con el sonido de la circulación de los coches de fondo. Las luces amarillentas de sus faros se mezclaban con las tonalidades naranjas de las farolas en un horizonte que contenía un despampanante colorido. A medida que avanzaba con mi Austin Healey de color cereza, el cielo ennegrecía tan rápido como yo podía ver las luces de las fábricas costeras encenderse. Poco a poco, el entramado eléctrico de la zona que rodeaba la carretera por la que yo circulaba, me envolvía de nuevo en una especie de magia. De hecho, cada anochecer me enamoraba de nuevo de ese lugar. Y es que aunque trabajara en el turno de noche, tenía el privilegio de ver como el sol se escondía para despedir un viejo día, y como salía otra vez en unas horas para dar la bienvenida a un nuevo día. Una nueva oportunidad quizá. La temperatura no era cálida, pero tampoco fría, por lo que podía llevar la lona del techo recogida. La brisa mediterránea me acariciaba la piel y a veces lograba ponerme los pelos de punta. Eran cerca de las diez, y el inicio de mi turno se acercaba. Aparqué el coche lejos de la plaza de parking que tenía asignada. Cada día la misma rutina, desviarme un minuto del camino correcto para aparcar cerca del barranco que tenía el paisaje nocturno más embelesador que jamás he conocido. Caminar diez minutos hasta la sede de la central, y fichar. Toda la maniobra requería salir de casa unos quince minutos antes de lo que debería, pero a mi me encantaba. Dejé mis pertenencias en la taquilla número treinta y cuatro de la segunda planta y me puse mi uniforme. Comprobé que las pilas de la linterna seguían funcionando un día más, y me puse dos de recambio en el bolsillo interior de la chaqueta. Me ajusté el cinturón a la altura correspondiente, suspiré y a las diez y tres minutos más o menos, empecé el turno. Me asigné yo mismo la taquilla en la planta más alta del edificio para así empezar la ronda allí, y no tener que saludar a quien fuese que acabara su turno a las diez. Yo siempre he sido muy tímido. Mi querido Austin Healey era lo único que me permitía evadirme de mi complejo social. No me gustaba nada relacionarme con otra gente. No había tenido ningún amigo hasta entonces y no era algo que me preocupara. Recorrí los largos pasillos durante horas, hasta que se hicieron las seis de la mañana y volví a mi taquilla. Me cambié y bajé por las escaleras traseras para evitar a cualquier empleado. Caminé mis diez minutos hasta el coche y volví a casa.

Cada día la misma acción. La monotonía dominaba completamente mi vida, pero tampoco hacía esfuerzo alguno para solventarlo. Al coger mi automóvil, divisé una estampa depresiva en la que arrasaban los tonos grisáceos. Todo el día lloviendo, y yo todo el día tumbado en la cama. Cuando se acercaban las nueve y media salí de mis aposentos y empecé a comerme una manzana antes de arrancar mi vehículo de color cereza. Cuando salí al exterior, las gotas de lluvia inundaron rápidamente el cristal delantero y me obligaron a tener que utilizar el limpiaparabrisas de manera constante. A medida que me iba aproximando a la central, la lluvia se hacía más intensa y yo bajé un poco la ventanilla delantera y apagué la radio. Los dos últimos minutos de trayecto, los hice bajo el sonido envolvente de la lluvia salvaje e incontrolada. Debo mencionar, que olvidé coger paraguas, por lo que dejé el coche en mi plaza de parking asignada. Los treinta segundos que duró la carrera desde mi coche hasta la puerta de aquella instalación productora de energía me dejaron empapado completamente. Un trueno hizo crujir el cielo momentos antes de que cruzara la puerta de la entrada. La misma rutina de siempre, pero con litros de agua encima multiplicando el peso de mi ropa. Cuando conseguí secarme del todo, empecé mi turno un poco más tarde de lo habitual. Pero aquella noche se iba a romper la monotonía diaria. Aquella noche la rutina daría paso al caos y la noche volvería oscuro el día.

Quedaban solo tres horas para que se hicieran las seis de la mañana cuando un estruendo retumbó por todo el edificio que estaba adjunto a la central. Sin pensar, ordené a mis piernas que se dirigieran lo más rápido posible al epicentro de tal alboroto y al llegar, encontré tres hombres discutiendo a voces intentando controlar las diferentes luces parpadeantes que se veían en la máquina de control de uno de los reactores. Poco entendía yo de cualquier proceso de obtención de energía que se estuviera produciendo ahí. Al fin y al cabo, yo solo era el encargado de la seguridad del edificio adjunto en el turno de noche. Las voces alarmantes de los tres hombres dejaron paso a un pitido que iba acorde al parpadeo de la luz roja procedente del techo y que iluminaba toda esa grandiosa sala de control. Era terrorífico, como si de una película de miedo se tratase.

Dos ingenieros aparecieron por la puerta lateral exaltados por la situación y pidiendo explicaciones al encargado de la sala de control. Después de casi una hora de discusiones, cerca de una docena de libros estaban dispuestos encima del panel de control abiertos por páginas distintas. Llamadas que no cesaban, gritos, desesperación.

Yo seguía al margen de todo, hasta que uno de los ingenieros me ordenó traducir un libro de un tamaño bastante considerable de los que había encima del panel de control.

Era de los pocos en la central que dominaba el ruso y a esas horas de la madrugada, debía ser el único que quedaba en la central. Expliqué tal y como pude aquellos tecni-

cismos entrelazados que escapaban totalmente de mis competencias y que me trasladaban a un mundo elevadamente abstracto. Aun con todo, no parecían satisfechos con lo que ponía en esas siete páginas que leí. Decidieron no llamar a nadie externo de la central, pese a que el encargado de la sala de control recomendó avisar al gobierno.

El ruido que hacía unas horas ya que no cesaba, se volvió infernal. Como si una cuenta atrás endemoniada nos alertase de un inminente cataclismo que parecía no tener remedio alguno. El destello que procedió a iluminarme la cara y posteriormente a dejarme sin visión momentáneamente, vino acompañado de una sordera instantánea y de un estado de shock demoledor.

No tengo constancia de la hora que era cuando las luces con tonalidades naranjas ahora pertenecían a ambulancias y no a las farolas que divisaba encima de mi Healey. Las luces azules de los coches de policía, también se abrían paso entre las nubes de polvo y de cenizas. Sin haber consumido nunca estupefacientes, podría decir que las imágenes que recorrían mi cabeza en esos instantes, habrían colapsado a más de un consumidor.

El cráter producido por la explosión no tenía menos de nueve metros y todos los que se nos acercaban iban con máscaras de película y trajes casi aeroespaciales. Era incapaz de percibir sonido alguno por cualquiera de mis orejas, y eso me preocupaba. Podía ver debajo de la máscara como se movían los labios de aquel hombre a pocos centímetros de mi cara sin entender en absoluto lo que decía. Inmóvil en el suelo, traté de comunicar a mi débil cuerpo que se levantase, pero fue un acto de desesperación inútil. Ninguna de mis extremidades respondía, y tampoco sentía dolor. No sabía hasta donde podían llegar las consecuencias de todo y la ansiedad empezó a apoderarse de mi. Todo giraba. Caras de médicos. Policías. La camilla, máscaras. Oxígeno. Cadáveres tapados con papel metalizado de color amarillo. Tanques. Militares. Caos. Oscuridad.

Desperté en una cama pequeña en una habitación pintada de verde oscuro. Estaba yo solo. Al no percibir el sonido del ambiente, entendí que me había quedado sordo. Dos militares de buena estatura me observaban a través de un cristal situado justo delante mío. Iban bien protegidos con máscaras y uniforme. Entraron a esa pequeña sala y me hicieron varias preguntas. No pude responder a ninguna debido a que no oía nada.

Incrédulos ante mi completo silencio, pusieron unas imágenes en la televisión que había en la parte superior derecha de la habitación. Multitud de tanques inundaban todo lo que antes había sido mi puesto de trabajo. Escombros y más escombros de tonos grisáceos se mezclaban en una orgía de fríos colores, solo diferenciados en un extremo.

Diferenciados por un color cereza que debía pertenecer a lo poco que quedaba de mi Austin Healey. Lo siguiente que se proyectó, fue un discurso del presidente y aunque yo era incapaz de escucharlo hablar, los subtítulos me notificaron de todo cuanto decía.

Secreto de estado, ocultárselo al resto de la población. Camuflar el accidente nuclear en simples tareas del ejército. No podía creer lo que estaba leyendo. Nuestro propio presidente engañando a todo un país y condenándolo. Condenándolo a vivir bajo las consecuencias de algo así solo por mantener el orden social. Un tremendo chillido salió de mi y como por arte de magia mi sistema nervioso reaccionó de golpe. De poco sirvieron mis alarmantes quejas que ni yo mismo escuchaba, pues ante la negativa de cumplir la orden militar impuesta por el mismo presidente, caí al suelo en una convulsión inexplicable. Es cierto que no sentí sonido alguno, pero la vibración que se trasladó en forma de calambre por todo mi cuerpo, me derrumbó en un charco de sangre que se originó a partir de una bala que atravesó mi pómulo izquierdo. Unas botas negras fueron lo último que vio mi ojo derecho antes de cerrarse. Antes de cerrarse en un eterno caos de oscuridad.